

A

abeja

abejaruco

abejorro

águila

alacrán

albatros

alce

alondra

ánade

antílope

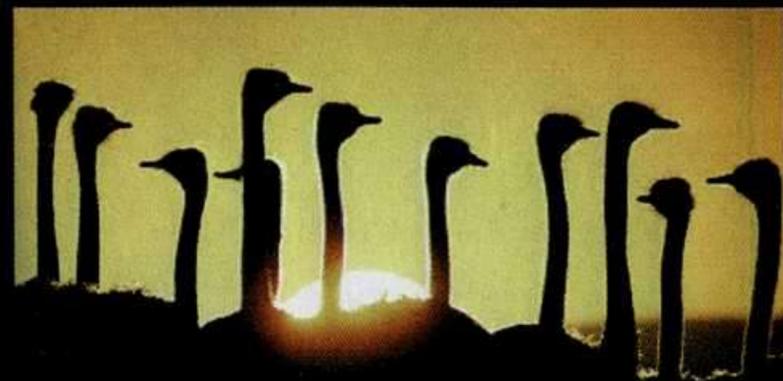
araña

ardilla

asno

avestruz

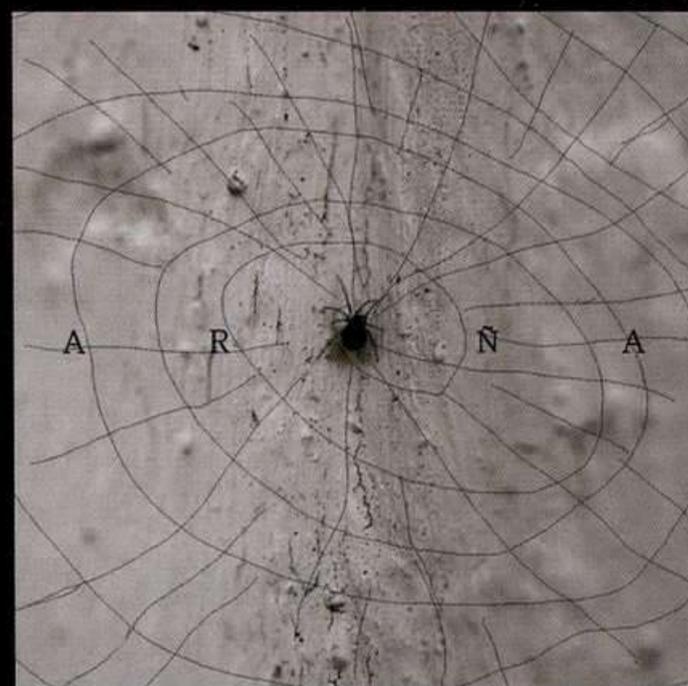
avispa



Pete Turner Caricias 1971



Joan Miró El huerto con asno (Detalle) 1918



Ignacio del Río Araña Zoo 2005

Luis Feria



ABEJA

Dama de negra toca,
un celemín quisiera, un dedalito
de miel para este pobre; llueven palos:
ve qué hocico tan duro
se me ha puesto en la vida. Si no unto
mi diente de dulzura
no me dejan entrar en el sarao
ni en el mesón; la puerta
me trancan, su merced.
Abeja mi maesa, agárrate a mi pata,
abre tu vuelo a la redonda, sube,
zarpa hacia tu país
donde es agosto siempre y cuánto ámbar.



Abejas Bestiario inglés s. XII

Pablo García Baena

EL ABEJARUCO

Colgaba, disecado, el abejaruco bajo la lámpara de gas –*veritable fena*– sosteniendo en su vuelo inmóvil unas ramas de encina oscura y encerada. Abría las alas jironadas de azul y verde, y los ciegos ojos brillaban como los botones negros de un traje de mi madre. Fija aquella luz prieta, advertía amistosamente al niño de bufandas y anginas: ahora te traen el jarabe, ahora un huevo batido con leche y azúcar –qué arcadas–, ahora los toques de algodón y yodo, la cuchara para bajar, gorda y blanca, la lengua. Te daba tiempo ante su aviso a oponer resistencia, a esconderte bajo las mantas, a cerrar la boca como un cepo. Pero con la noche temprana del invierno volaba el pájaro hasta mi embozo de fiebre –como luego vería en una película– y allí se posaba quieto, atrapado en la liria de los miedos antiguos, grifado y acechando a la rapiña de

mis ojos congelados en el terror funesto de los suyos y que yo veía que me miraban ya fuera de mí, desdoblados, ajenos, como aquellas pupilas de cristal sobre terciopelo en la vitrina del óptico, o las de Santa Lucía vueltos al visaje divino, como almejas viscosas en el azafate de las estampas. Y no tenía ningún poder el amuleto morisco que yo apretaba bajo las sábanas de sudor, hasta que el inarticulado grito atraía la luz y la mano benéfica sobre la frente.

Con el amanecer tardío y nublado de diciembre, volvía el pájaro a sus anuncios y tercerías, como si no hubiera sido real su aleteo rampante: llega don Rafael el médico, tendrás que tomar la «Glefina», aquí tienes la leche en la taza amarilla que prefieres. Empezaba a clarear y la habitación volvía a sus proporciones cotidianas, al utillaje doméstico de la costumbre. Sobre el mármol blanco de la cómoda las fotografías –en marcos distintos según el grado de parentesco– de familiares fallecidos: la abuela en el banco de corcho de un parque de escenario, tía Barbarita, las primas con sombrillas junto a un alicatado de falso Oriente. Aquella asamblea de olvido, que parecía esperar impaciente nuevas fotografías, daba al jaspe una frialdad de listero de panteón de obligado *in memoriam*. Veía, por el espejo frontero a la ventana, el patio ya en la luz amortiguada del día, luz de vellón inocente arrojando la enredadera, la galería, los tejados húmedos; veía la lámpara de gas en forma de lira –*veritable fena*– y el vuelo tardo del abejaruco batiendo sus alas sobre el sueño de la convalecencia.



Archibald Thonburn Abejaruco 1914

El sol contempla
la breve forma alada
del arco iris

Antonio Cabrera

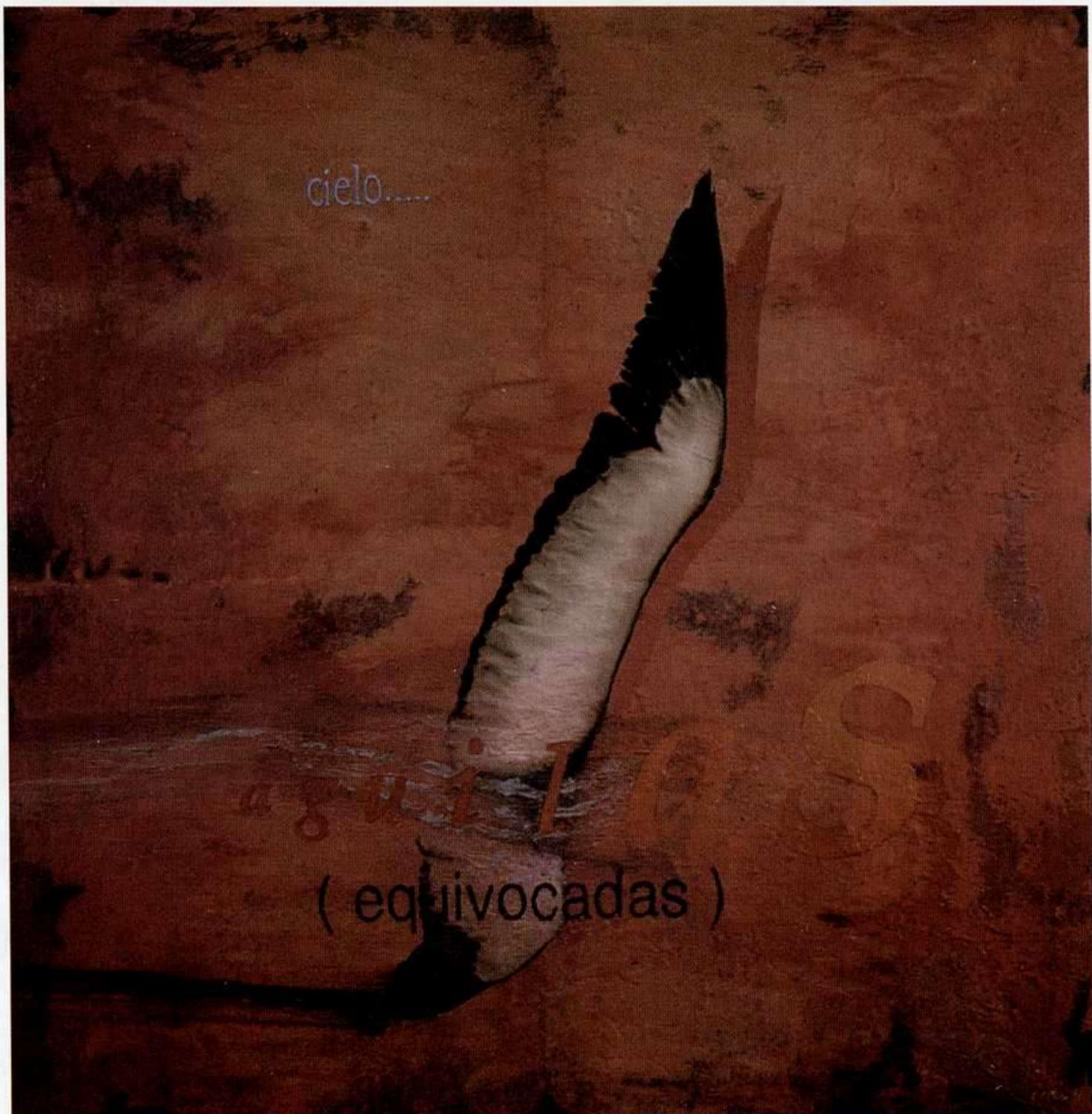


Michael Sowa Insecto 1986

María Victoria Atencia

ESE VUELO

Un abejorro azul, una moscarda,
una avispa, un tabarro, una mosca, una abeja
las puertas correderas en su espacio aprisionan.
Zumba una vida. Élitros perserveran agónicos,
se debaten, se esfuerzan apenas atendidos;
vuelven a golpear y, de súbito, callan:
Tulia, persa y maldita, hermosísima -claro-,
juego de amor y uñas, da razón de ese vuelo.



Gabriel Ortuño Águilas equivocadas 1996

Francisco Ruiz Noguera

LAS ÁGUILAS

Miran al sol las águilas:
traspasadas de luz
se alzan en la altura,
mientras que desafían
—el vuelo detenido en el espacio
la llamada sin brillo de la tierra.

A ras de cielo van:
ancladas en lo azul
de un alto mediodía,
despliegan su silencio,
mientras hilan en círculos callados
el lienzo irreplicable de sus vidas.

Pureza de las águilas:
altura despojada
del lastre de las sombras:
sólo la luz refleja
—mientras dora los bordes de sus plumas
el trazo de un perfil inmaculado.

Miran al sol las águilas:
traspasadas se alzan,
mientras lo oscuro envidia
la solidez lechosa
del cuarzo vetado de sus cuerpos
y el brillo mineral de sus miradas.



George Baselitz Águila 1971-72

ÁGUILA REAL
Aquila Chrysaetos

**El viento eleva
a un dios distante y fuerte
que nos evita**

Antonio Cabrera

Enrique Morón

ALACRÁN

Los alacranes miran como un deber la muerte
y en las noches de luna padecen su exterminio.
Conscientes de su cuna, auscultan en la tierra
el aguijón erecto de la tristeza inerte.

Y cierran sin quejarse la luz de su dominio;
después de pedir guerra tal monte que se eleva,
el alacrán se aferra y con un gesto eximio
dice adiós a la vida que lo acuna y lo lleva.

Álvaro Salvador

LOS ALACRANES DE ORO

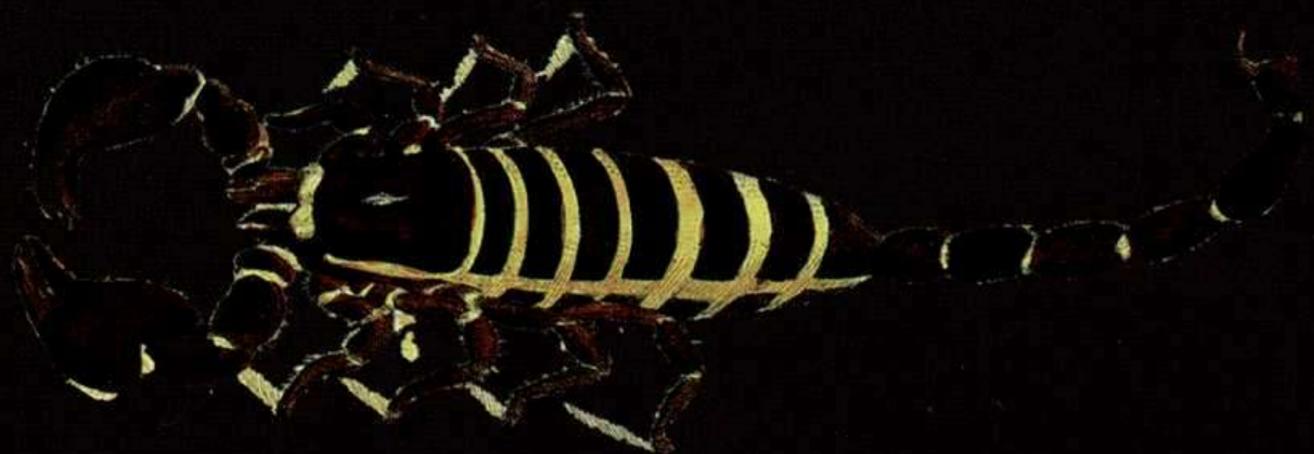
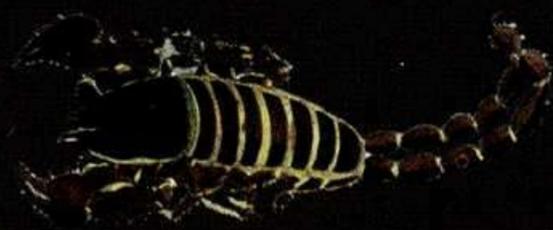
Son como las cenizas del atardecer.
Vienen, a veces lentos, sigilosos,
radiantes por el oro de sus cuerpos.

Miden en el crepúsculo los pasos,
brotan como luciérnagas azules,
saben que la belleza es sólo un rapto,
un trazo entre las sombras, un reguero
de lo que pudo ser calor
pero no ha sido.

Fieles arrastran oros en la noche,
en esta noche negra semejante a otras noches,
fieles al resplandor de su deseo.

Y sin remedio marchan
cuando levanta el día
las doradas cenizas de algún amanecer.

Ellos saben herirse si hay un fuego
celestial que los cerca y los derrota.



Pablo Neruda

NO SÓLO EL ALBATROS

No de la primavera, no esperadas
sois, no en la sed de la corola,
no en la morada miel que se entreteje
hebra por hebra en cepas y racimos,
sino en la tempestad, en la andrajosa
cúpula torrencial del arrecife,
en la grieta horadada por la aurora,
y más aún, sobre las lanzas verdes
del desafío, en la desmoronada
soledad de los páramos marinos.

Novias de sal, palomas procelarias,
a todo aroma impuro de la tierra
disteis el dorso por el mar mojado,
y en la salvaje claridad hundisteis
la geometría celestial del vuelo.

Sagradas sois, no sólo la que anduvo
como gota ciclónica en la rama
del vendaval: no sólo la que anida
en las vertientes de la furia, sino
la gaviota de nieve redondeada,
la forma del guanay sobre la espuma,
la plateada fardela de platino.

Cuando cayó cerrado como un nudo
el alcatraz hundiendo su volumen,
y cuando navegó la profecía
en las alas extensas del albatros,
y cuando el viento del petrel volaba
sobre la eternidad en movimiento,
más allá de los viejos cormoranes,
mi corazón se recogió en su copa
y extendió hacia los mares y las plumas
la desembocadura de su canto.

Dadme el estaño helado que en el pecho
lleváis hacia las piedras tempestuosas,
dadme la condición que se congrega
en las garras del águila marina,
o la estatura inmóvil que resiste
todos los crecimientos y rupturas,
el viento de azahar desamparado
y el sabor de la patria desmedida.



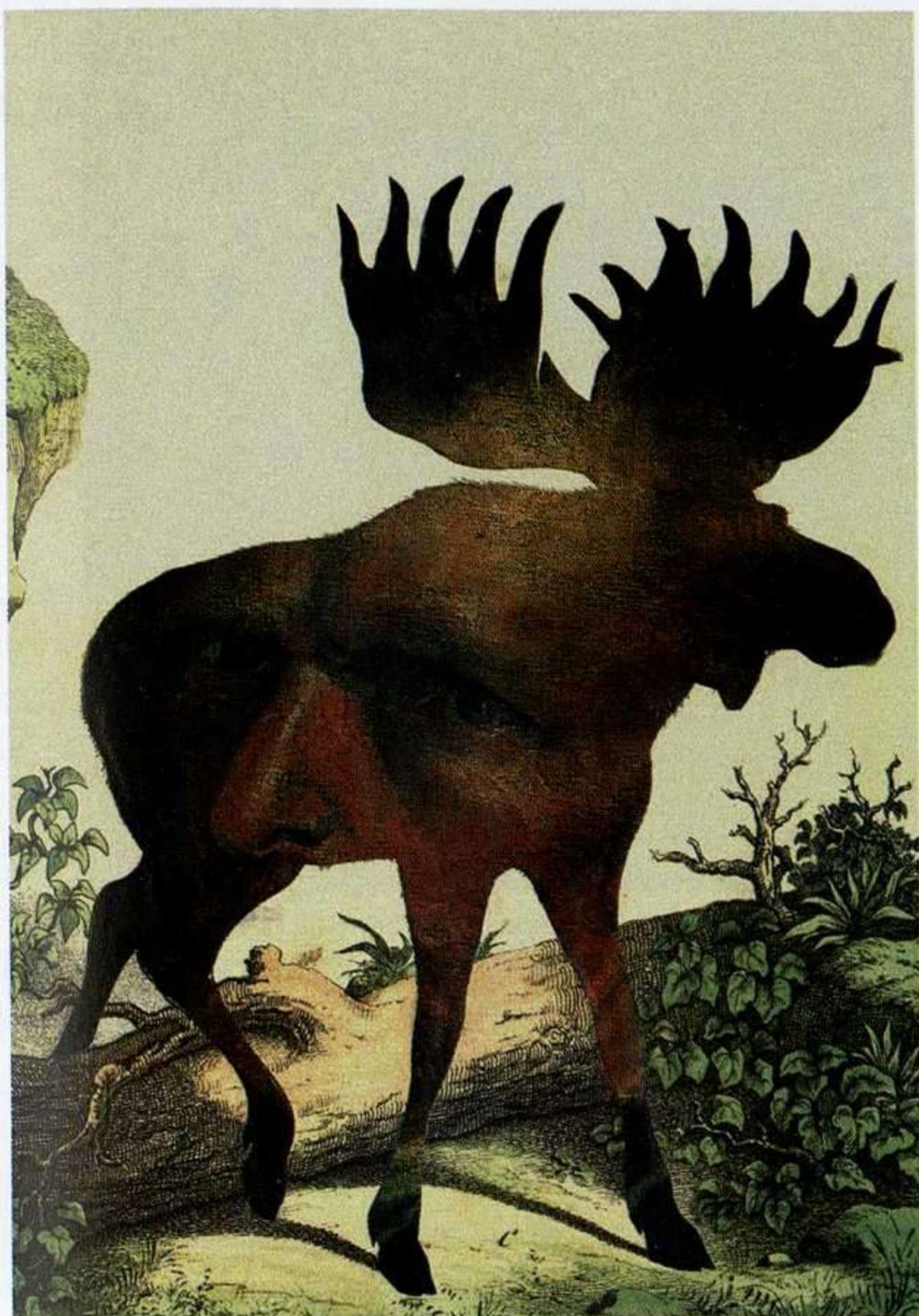
Archibald Thonburn Albatros 1916

Luis Alberto de Cuenca

EL ALBATROS DE COLERIDGE

Sólo el mar, y esta sed inextinguible,
y un montón de cadáveres a bordo,
y la ausencia de Dios.

No sé por qué
me tienen que pasar a mí estas cosas.
Verdad es que di muerte a aquel albatros
que me quería y al que yo adoraba,
el albatros de nieve que venía
a comer en mi mano y a contarme
historias de gigantes primigenios
y de diosas de trenzas de esmeraldas;
pero es habitual que acabe uno
matando lo que ama (Wilde lo dijo).
Verdad es que he pecado gravemente
contra ti, atiborrándome de libros
y poniéndome ciego de experiencias
ajenas, a través de la lectura,
que me han dado las claves de tu odio;
pero eso ocurre cuando juntas agua
y aceite, o cuando metes en el baño
al dragón y a San Jorge, o cuando intentas
que dos locos furiosos no se peguen.
Verdad es, sobre todo, que estoy solo
en este mar de risa innumerable
que se burla de mí y me zarandea
a su placer, como si fuera el Dios
que se fue y que castiga mis pecados
por persona interpuesta. Verdad es
que el albatros de Coleridge me quería
y que yo lo maté.



Lou Dubois La oreja del alce 2005

José Antonio Mesa Toré

LA PRIMAVERA NÓRDICA

(fragmento)

No importa que el amor se mida a escala.
Puedo ver las antorchas en las calles ausentes
y presentir las huellas de los alces
que cruzarán sin prisas el asfalto
de Karlskoga, de Gränna, de Helsingborg...
O descifrar tu nombre en el silencio
de las runas.



Lorenzo Saval Alondras en taxi 2005

José Luis Cano

A UNA ALONDRA

Me enamora la sombra de tu vuelo
sobre el desnudo azul de la bahía,
y me enamora la melancolía
de tus alas dolientes bajo el cielo.

¿Qué nostalgia te trae a este subsuelo
de arena sin amor y roca fría,
donde el poeta taciturno espía
la hermosa destrucción de su desvelo?

¿Qué otras doradas alas indolentes
causaron tu amoroso desvarío
y perdieron tu voz que ya no sientes?

Viento bajo, alga seca, oscuro río,
serán para tus alas inocentes
el paisaje final de tu desvío.

Miguel D'Ors

LA ALONDRA DE SHELLEY

Traducido de Thomas Hardy

En algún olvidado lugar, lejos de aquí,
entregado a una tierra olvidadiza y ciega,
yace lo que inspiró el canto de un poeta:
una pizca de polvo ignorado y perdido;

el polvo de la alondra que Shelley escuchó
y que inmortalizó sobre todos los tiempos
—aunque vivió lo mismo que cualquier otro pájaro
y no supo de su inmortalidad—.

Vivió su leve vida, y cayó un día
—una bolita apenas de plumas y de huesos—,
y cómo pereció, cuándo cantó su adiós
o dónde se deshizo son cosas ignoradas.

Quizá reposa en ese barro que ahora contemplo,
quizá palpita en el verdor de un mirto
o duerme en el color naciente de una baya
de las laderas de un remoto paisaje.

Id a buscarla, hadas, y traed
esa mínima pizca de polvo inestimable,
y haced de plata un cofre guarnecido
de oro y piedras preciosas engastadas,

y en él la guardaremos, preservada,
y la veneraremos para siempre
porque hizo que un bardo conquistara,
con pensamiento y música, las alturas del éxtasis.

ALONDRA COMÚN
Alauda arvensis

Humildad. Pura belleza inesperada. Tierra en el cielo

Carmen Saval Prados

ALONDRA

Alondra hechizada
no es natural lo que sucede.
Ya tu presencia es un mito,
ya tu vuelo es ausencia.
Ya la gracia de tu existir
es una plegaria mágica
y la gigantesca pupila no te observa.
Eres algo pequeño y antiguo.
Para liberarte
amargos sueños hay que olvidar
para comprender tu canto,
para comentar tu melancolía.
Alondra hechizada
no es natural lo que sucede.
La yerba crece como aureola de la tierra
y tu generosa libertad es algo sencillo
con majestad cándida y orquestal.
Alondra, tú tienes condición divina
yo sólo divago en las sombras
recordando,
y como no es natural lo que sucede,
hechizada, yo retorno a tu canto.

Antonio Cabrera

Lorenzo Oliván

ÁNADE

En mitad de un desierto de alacranes,
de arañas que entretejen mundo gris,
de serpientes que muerden su veneno;
en mitad de este páramo rotundo;
de este lecho de un mar que se extinguió;
de esta losa que abarca el horizonte
y sella este paisaje a cal y canto,
una laguna, tímida, se nombra,
dice su forma de agua en voz de agua.

Recorremos el borde de su anillo,
ese espejo, delirio de la luz,
que casi nos envuelve en su mentira.
Y de pronto el oído se nos llena
de un fresco roce, de un sonido húmedo.

Descubrimos, profundo y alto, el cielo
liquido en el que avanza, pleno, un ánade:
entre juncos, rozamos majestad.

Todo el alrededor
queda anulado de un trallazo leve,
de un fugaz aleteo, visión múltiple
de formas irisadas, superpuestas.

Y desandamos el desierto andado,
el camino de polvo y piedra y sed.

Y aunque seguimos, bajo un sol de plomo,
clavados en la tierra, aunque nos sabe
a tierra nuestra boca, el aire a tierra,
un color verdeazul
funde y levanta en sí
el espacio detrás de la mirada.



Jacques Barraband Ánade s. XIX

José Moreno Villa

EL ANTÍLOPE

Es un anarquista de guardarropía.
Generalmente lo tienen encerrado; pero algunas veces,
cuando surgen algaradas y temblores sociales, le
vemos salir de una calleja hedionda con su semblante
fosco, sus barbas mates y sus greñas sucias, un traje
pardo y un roten formidable.
Es una criatura selvática; fuera de la sociedad;
atrabiliaria.



Hans Scheib Antílope 1994

César Vallejo

LA ARAÑA

Es una araña enorme que ya no anda;
una araña incolora, cuyo cuerpo,
una cabeza y un abdomen, sangra.

Hoy la he visto de cerca. Y con qué esfuerzo
hacia todos los flancos
sus pies innumerables alargaba.
Y he pensado en sus ojos invisibles,
los pilotos fatales de la araña.

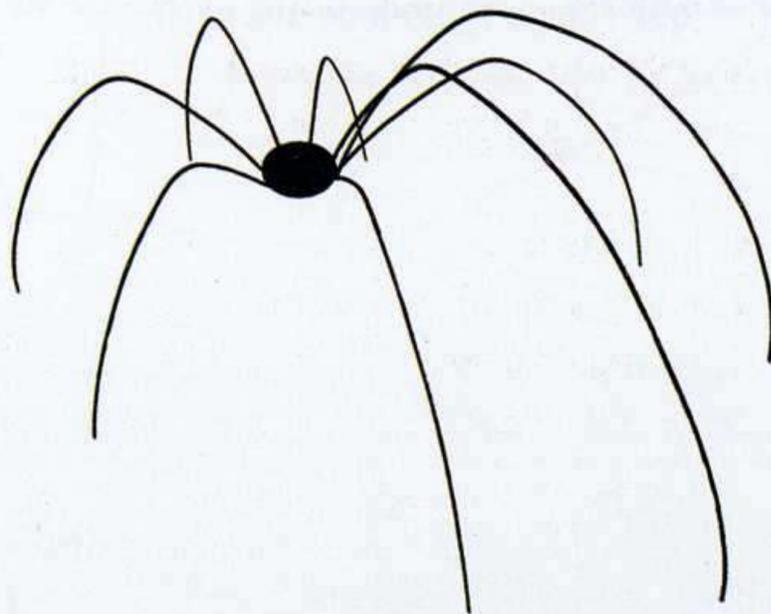
Es una araña que temblaba fija
en un filo de piedra;
el abdomen a un lado,
y al otro la cabeza.

Con tantos pies la pobre, y aún no puede
resolverse. Y, al verla
atónita en tal trance,
hoy me ha dado qué pena esa viajera.

Es una araña enorme, a quien impide
el abdomen seguir a la cabeza.
Y he pensado en sus ojos
y en sus pies numerosos...
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!



Odilon Redon La araña sonriente (Detalle) 1889



Domingo Díaz Araña (Hierro pintado) 1991

**La araña sin violencia alguna,
hace añicos el aire**

Lorenzo Oliván

Rafael Inglada

HAY UNA ARAÑA PARDA

Hay una araña parda que me deja encima del amor tus iniciales y un brillo desnublado de cristales me teje silenciosa en cada ceja.

Hay una araña parda que se aleja y oculta su equilibrio de puñales y va desde tu sien a mis umbrales la triste bola gris de su madeja.

Hay una araña parda en estas redes mortales de mis manos. Tú que puedes quitarla, quítala de estos abrojos.

¿A quién daré esta huella que me engaña la vida, a quién daré esta parda araña que cuelga todavía de mis ojos?

Miguel Ángel Velasco

LA TELARAÑA

La caricia del sol desciende íntima sobre la yerba húmeda y descubre la delicada urdimbre: su oro tiembla como jirón de sueño todavía prendido a la mañana. Por sus hilos se ensartan irisadas las cuentas del rocío. En esas cuerdas el bosque hace su música más límpida, mientras la vida se nos queda presa en el arco iris de la telaraña.

A

R

Ñ

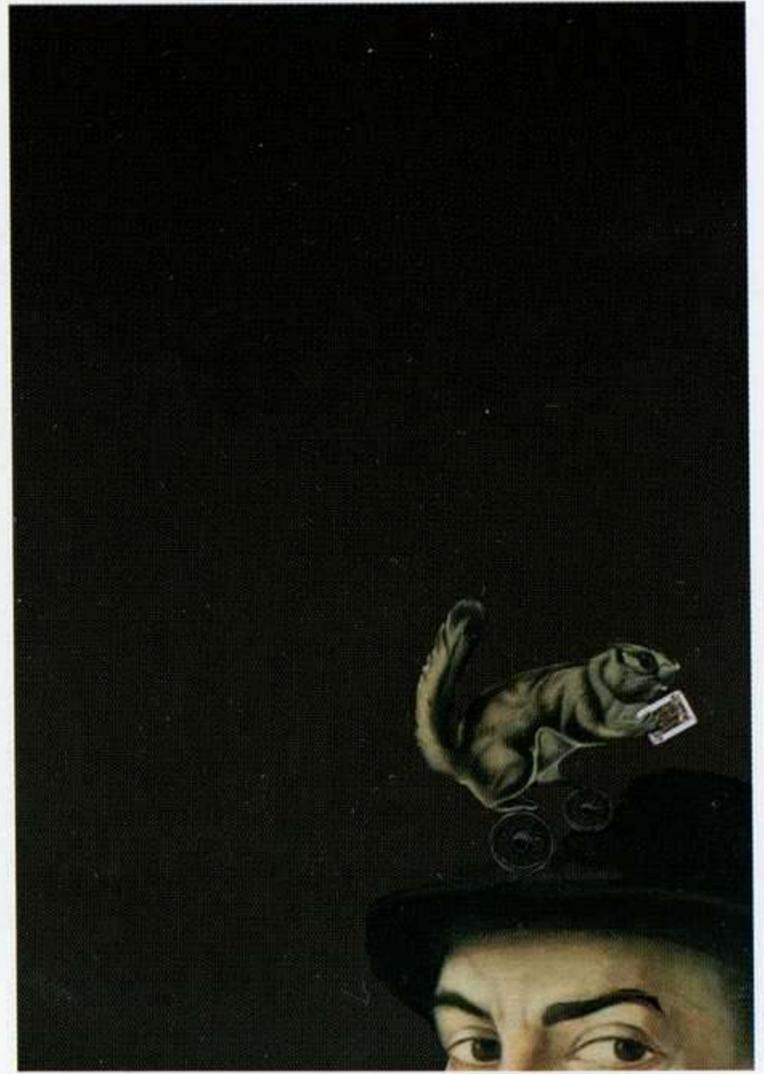
Ignacio del Río Araña 2005

María Victoria Atencia

ARDILLA

En el hayedo, sobre la cruz de un árbol,
salta una ardilla y me parecen propias
y conforme a la naturaleza sus movi-
lidades frente a un otoño ocre y ya inminente,
su alternativa de árbol, su afán recaudatorio.
Su memoria será quien me soporte.

Quedé ayer sepultada entre las hojas.



Lorenzo Saval Ardilla en el sombrero 2005

Las ardilla es la cola que se independizó

Ramón Gómez de la Serna

Jesús Aguado

LAS ARDILLAS

Su condición es estar quietas, pero
les gusta hurtarse a la mirada de los hombres: los ojos
de los hombres no entienden la quietud de una ardilla,
que no es la de un objeto pero tampoco la de un ser
que existe trascendiéndose. Sus carreras, sus saltos
son el juego del tiempo que transcurre.
Mas cuando están inmóviles no hay tiempo:
no estoy yo, ni la tarde es brumosa, ni se desliza
ese barco cargado de arena por el río.
Si el cuerpo de una ardilla se detiene de pronto,
ya no es ella: eres tú si la contemplas perfectamente vivo,
como el agua en el agua.

Juan Manuel Bonet

MIRA

Mira los estanques claros
del viento, que cuando calla
deja oír a la ardilla,
su suave camino de aire
entre los pinos más altos.

Juana Castro

EL ASNO

La madre de mi abuelo ocupó su vida en
empedrar caminos.
Pero mi abuelo nunca prodigó su amor entre
los hombres.
Sangre húngara,
loco soñar que lo expulsaba.

Nunca fue buen pescador.
Durante la siembra se encerraba en el cuarto;
no amaba a sus hijos.

Al final de la siega se entregaba al cuidado de
un burro.
Se dejaba triturar los dedos entre los dientes
del burro.
Sonreía de dolor
a cada dentellada.

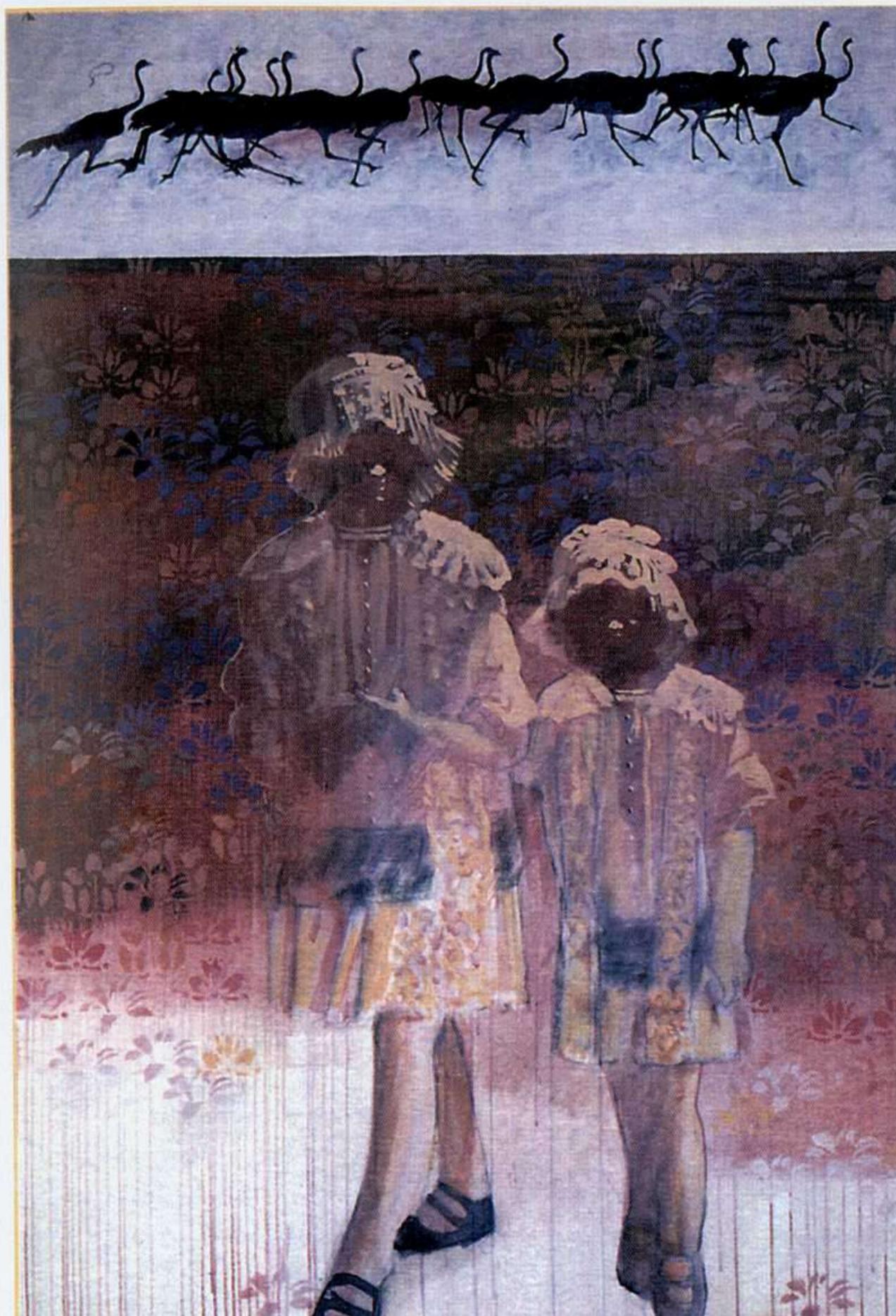
Recordaré ese crujir de dientes de mamífero
devorando
manzanas verdes.



Joan Miró El huerto con asno 1918



Salvador Dalí El asno podrido 1928



Robert Harvey Dos chicas y diecinueve avestruces 1992

Guillermo López Lacomba

Harto de burlas,
se sinceró a su novia el avestruz:

No es que crea que así pasa el peligro,
más sin duda, entre los dos,
tengo más recio el culo, más fragil la cabeza.

Luis Feria

AVISPA

Aquí, a mi frente, tu azagaya,
perfora su tabique urbano.
Astuta, ya no más, que me enamoras;
qué donaire de mayo tu vaivén.
Pero ah, sigue, sigue,
roba mi cana, entiérrala;
cómo me odia el tiempo. Vamos,
cobremos la promesa; ser
el campo deseante, el tallo sabedor.



Lorenzo Saval Avispas y objetos volantes no identificados 2005

**¡Avispas, abejas, moscas!
¡Esto, al menos es vida!**

Carlos Edmundo de Ory